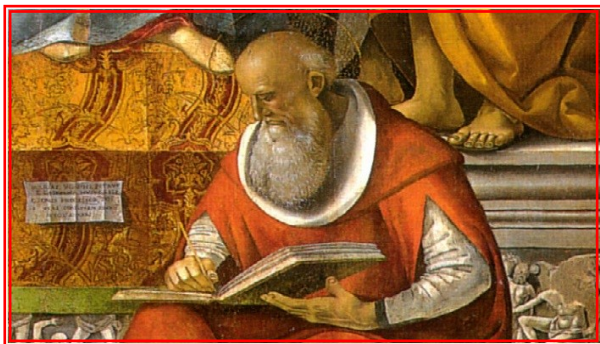




Desmenuzando unos textos empapados de vida

Saber pasar del antiguo pecado a la vida nueva, como así se pide en la oración para después de la comunión -Veronense 214-, es todo un arte. Toda la Biblia está atravesada por la certeza de que Dios conduce a su pueblo por un camino, y sobre él se construye la historia santa. Pero el “camino” es más que una senda que se recorre. Es una manera de vivir y es esto lo que le llevará a Jesús a decir: “aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” cfr Mt 11,29. Es el “sendero” que el Buen Pastor muestra a todos los que han sido renovados en el santo bautismo, y que les lleva a cantar al Señor un cántico nuevo por las maravillas que hace, como así se canta al inicio de la celebración con el salmo 97,1-2.

A la luz de la resurrección de Jesús, la Iglesia proclama estos últimos domingos de Pascua algunos fragmentos del capítulo 14 del evangelio de san Juan. Forma parte de aquellas palabras que el Señor pronunció, a modo de despedida, en diá-

logo de amor con sus discípulos en el marco de la última Cena. Escuchado y acogido nos llevará a la experiencia de la fe: un mayor conocimiento del Señor que hará de nosotros testigos más decididos.



La humildad conduce a la verdad

San Bernardo, comentando la afirmación que el Señor hace al decir “yo soy el camino, la verdad y la vida”, escribirá: “El camino es la humildad que conduce a la verdad” -cfr. “Grados de humildad y de soberbia, I,1- y la verdad es lo que el Maestro nos dice: “nadie va al Padre sino por mí” como se proclama en el evangelio de hoy. De ahí que, Jesús, como invitándonos a recorrer a recorrerlo, nos dice: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”.

Es esto lo que se pide en la oración colecta de este domingo: “dar fruto abundante para llegar a los gozos de la vida eterna”.



“El que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante” cfr Jn5, 1.5. Es la noticia buena que se hace canto en el momento de la comunión. Precioso fruto de este permanecer en comunión vital con Cristo, es el don de la fidelidad.

Es la virtud propia de Dios y se asocia, con frecuencia, a su bondad paterna hacia el pueblo de la alianza. Estos dos atributos complementarios (fidelidad y bondad) indican, que la alianza es a la vez don gratuito y vínculo cuya firmeza es eterna cfr Sal 119, 90.

A estas dos actitudes, en las que se resumen los caminos de Dios -cfr Sal 25,10-, el hombre debe responder conformándose con ellas y se concretizan en la piedad filial, que debe a Dios como fruto del bautismo, y la fraternidad hacia los demás. San Pablo, en su Carta a los Gálatas, nos dice que somos fieles unos con otros cuando vivimos en la caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la perseverancia y la castidad. Cuando vivimos así no estamos solos, aunque las distancias geográficas sean grandes, porque “la soledad no es estar solo, es estar vacío”. (Séneca)



Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar 32,1-2. 4-5.18-18-19



Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti.

Aclamad, justos, al Señor, que merece la alabanza de los buenos. Dad gracias al Señor con la cítara, tocad en su honor el arpa de diez cuerdas. Que la palabra del Señor es sincera, y todas sus acciones son leales; él ama la justicia y el derecho, y su misericordia llena la tierra. Los ojos del Señor están puestos en sus fieles, en los que esperan en su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre.

Se inicia el salmo 32 con una invitación a la alegría porque la tentación de la tristeza es sutil, lleva al alma a cansarse de perseverar en el bien y, al final, se cae en la tentación de volverse hacia el mal como fuente segura de consuelo.

La tristeza no da la mano a alabanza, sino al lamento y, por eso, es necesario mantener el gozo de la pascua permaneciendo en Jesús, a fin de que brote en nosotros la alabanza al Señor que es fuente de renovación interior. No es a la euforia la insinuación que se nos hace, sino a la realidad del amor tal como se manifiesta en la cruz.

Alabado sea el canto. Un canto que nace de la contemplación agradecida, del corazón, de un corazón transparente. No es el canto con una voz hermosa, sino el canto que brota de un corazón hermoso. “*Cantad un cántico nuevo*”, exhorta el salmista; lo que significa que el amor siempre renueva al cantar haciendo que su melodía nunca envejezca y se renueva “*como el águila renueva su juventud*”.

Un canto que es sostenido por el “*arpa de diez cuerdas*” que es la fidelidad a las “*Diez Palabras*”:

La razón es que “*hizo el cielo y la tierra*”. Un mundo nuevo que brota del corazón traspasado de Jesús. Y es que “*la palabra del Señor es sincera*”, es decir, no miente, edifica, guía, da luz, paz y alegría. Cada una de sus obras está marcada por la fidelidad a la alianza que estableció con su pueblo y que se ratifica, a través del tiempo, en la sangre de su Hijo. De ella hacemos memoria, a través del tiempo, en la celebración eucarística al modo como Jesús nos indicó: tomando, bendiciendo, partiendo y dando el “*Pan que da la vida*”.

El Señor sabe “*mira desde el cielo y ve a todos los hombres*” nadie le es indiferente. Él modeló cada corazón y “*comprende todas sus acciones*”

El salmista, unido a los justos, a los que han hecho de Dios la fuente de su delicia, expresa una dulce profesión de fe, una dulce esperanza en él: “*Nosotros aguardamos al Señor: El es nuestro auxilio y escudo*” que se concluye con una ardiente invocación: “*Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como esperamos de ti*”



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo V de Pascua “A”

Un texto para escuchar



En aquel tiempo

Jesús dijo:

- Yo soy la vid, vosotros

los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada...

Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos»